



**CONEXIÓN**  
**Revista de Investigaciones y Propuestas Educativas**  
N°17 Rosario. Mayo, 2022. ISSN: 2362-406X  
Instituto de Enseñanza Superior N°28 "Olga Cossettini"

## **¿Por qué la crítica feminista le hace bien a la ciencia?**

**Cris Martínez**

IES N°28 "Olga Cossettini"

Escuela de Filosofía, Facultad de Humanidades y Artes  
(Universidad Nacional de Rosario)

[crismartinezsau mell@gmail.com](mailto:crismartinezsau mell@gmail.com)

### **Resumen**

Uno de los efectos "colaterales" de la irrupción de los feminismos es la disputa de sentido que se viene dando dentro del mundo de la ciencia, y más precisamente, dentro de la epistemología tradicional. Con estos aportes se resquebrajan los pilares tradicionales de la ciencia moderna y se abren caminos tan inexplorados como estimulantes e inspiradores.

### **Palabras clave**

Epistemología, ciencia, racionalidad moderna, feminismos, epistemología feminista

*Mujer, si te han crecido las ideas.*

*De tí van a decir cosas muy feas...*

“Mujer”, del álbum del mismo nombre de la cantante mexicana Amparo Ochoa, (1976).

La irrupción de las mujeres en el mundo científico en la actualidad es una consecuencia de la visibilidad esperable que más de la mitad de la humanidad ha sabido conseguir después de siglos de ocultamiento por diversos mecanismos de dominación que caen bajo el concepto de “patriarcado”. A simple vista, dicha irrupción no ha sido homogénea, sino que se ha llevado a cabo desde diversos frentes que han evitado esencializar las posturas; es por esto que no se suele decir que “el feminismo” es el factor que ha pateado el rígido tablero de las ciencias: son modos diversos, los feminismos, los que han ido y siguen aportando visiones variopintas que van más allá de la necesaria reivindicación del lugar de las mujeres en la vida no solo académica sino cotidiana. Y por supuesto, no han sido solamente los feminismos los que han participado en este cambio. En lo que a estos se refiere, podemos decir que este proceso comenzó a fines del siglo XIX con el firme reclamo en vistas a obtener derechos civiles para las mujeres y que ha avanzado a paso firme a medida que quedaba más claro el daño y la pérdida que implicaba mantener silenciada a una parte mayoritaria de quienes habitan el mundo.

Este trabajo intenta bosquejar brevemente algunos de los aportes de esos feminismos a la construcción de otro modo de hacer ciencia que no solo beneficiará a las mujeres sino a la ciencia en su conjunto. La argumentación comenzará con una sucinta historia de la tensión entre las ciencias “duras” y las “blandas” que llevó entre otras cosas a lo que se conoció como la “Guerra de las ciencias” que involucró a la concepción kuhniana de la filosofía de las ciencias. Esta última habilitó una ruta posible por la que los feminismos hicieron su entrada formal al mundo científico. Intentaremos evaluar de qué modo una epistemología feminista abre posibilidades de hacer y pensar inéditas en el campo científico.

La disputa por el saber fue siempre una arena de batallas del poder. En la historia de Occidente, ese artefacto construido como herramienta para esas mismas batallas, esta tensión ha seguido de un modo u otro la historia de la Filosofía, hija

dilecta de ese mismo artefacto. El tan mentado pasaje del mito al *logos* está en la base misma de esta cuestión, sólo para mencionar un ejemplo conocido que, además, ha sido el espacio que habilitó el surgimiento de las ciencias, entendidas justamente como prácticas basadas en diversos *logos* fundantes (*episteme*) en contraste con otras que eran consideradas pura charlatanería (*doxa*).

Las ciencias fueron en su cuna “naturales”: indagaban acerca del cosmos circundante, de la naturaleza porque afectaba a los seres humanos. La filosofía se encarga de esto. Más adelante, se buscará el conocimiento mirando “a los cielos” ya que la religión será la proveedora y justificadora de saberes. Se profundiza la disputa por el saber: estamos en el medioevo occidental. Más tarde la racionalidad “moderna” habilitará al hombre a conocer por sí mismo (al varón específicamente, en verdad ya que el acceso al saber le estaba reservado casi con exclusividad): las leyes de la naturaleza no se inventan, se descubren; la verdad es accesible sin intermediarios. La tensión entre los clérigos y los filósofos comenzó a escalar ya que ambos decían tener acceso a la verdad: surgieron entonces quienes van a arbitrar esta cuestión, y estos se llamaron científicos que entraron a “competir” con la filosofía natural. Por primera vez ciencia y filosofía se enfrentaban y dividían sus tareas: la primera se encargará lo que ocurre en la naturaleza, la segunda tomará cuestiones como los valores, que no tenían sentido para los científicos, o, dicho de otro modo, se conformarán “las dos culturas: la cultura filosófica, humanista y la cultura científica natural” (Wallerstein, 1997:12). De la primera van a surgir las ciencias sociales, las hijas “débiles” de la disputa mencionada al principio y, por otro lado, tomarán nuevo impulso las ciencias “duras” que fueron la herramienta necesaria para el desarrollo de la civilización occidental.

El avance de las ciencias sociales desde el siglo XVIII estuvo lleno de obstáculos ya que aparentemente lo que ofrecían no parecía tener mucha importancia para el proyecto industrializador y técnico de la modernidad. Sin embargo, cambios sociales y políticos inéditos plantean interrogantes nuevos que la “ciencia” no podía explicar. La Historia entonces cobra nuevo impulso como “explicadora” del pasado, pero no era suficiente para comprender otras cuestiones. La Economía, la Política y la Sociología trataron entonces de dar cuenta de las cuestiones “del presente”. Todas se desarrollaron lentamente hasta que, en el siglo XX y en particular después de la Segunda Guerra, las temáticas abordadas por las ciencias sociales empezaron a ser

necesarias para comprender un mundo diferente, vertiginoso y cambiante para el que los principios de la modernidad parecían no dar respuestas.

Las ciencias “duras” (o ciencia sin más) fundamentaron sus avances en base a principios que durante el siglo XIX y XX no tuvieron oposición porque estaban basados en una reflexión filosófica que los avalaba desde dentro mismo: “(...) la venerable figura del filósofo natural - Newton, Lavoisier o Lyell habían sido filósofos naturales- desaparece para dar paso a los científicos como gremio bien distinto del de los filósofos” (Alvarez Muñoz, 2004: 9). Hacer ciencia hacia finales del siglo XIX y hasta poco después de terminada la Segunda Guerra era creer que para obtener conocimiento era preciso aplicar un razonamiento lógico a datos recogidos de la observación mediante métodos que no estaban contaminados por los valores o ideologías de quien observaba. Esta metodología permitía al científico obtener una explicación simple de un mundo que se creía objetivo y determinado. A comienzos del siglo XX, se sumó a esta preocupación la utilización de un lenguaje formal para la expresión de la ciencia que la pusiera al resguardo de las ambigüedades típicas del lenguaje natural. En resumen, objetividad, racionalidad, neutralidad y universalidad eran los pilares sobre los que descansaba la actividad científica. En este marco, las ciencias sociales no tenían cabida o tenían que amoldarse a estos cánones que claramente oscurecían su actividad o la desnaturalizaban. La Sociología, por ejemplo, se abocó por entonces a utilizar el lenguaje fisicalista y el análisis estadístico, típicos de las ciencias duras.

Sin embargo, esta separación tajante entre “duras y blandas” fue achicándose poco a poco a medida que se desarrollaban los hechos políticos y sociales del siglo XX: la encendida denuncia de Horkheimer, un cientista social, acerca del supuesto valor objetivo de la ciencia y de su complicidad con el nazismo y el avance del capitalismo, en particular contra el Círculo de Viena, es solo un ejemplo de ello (ver Horkheimer, 2002). Como dato adicional, durante el siglo XIX, y a medida que las ciencias avanzaban y complejizaban sus haceres, surge una reflexión acerca de ellas que conocemos como filosofía de las ciencias: brevemente, un análisis de segundo orden sobre qué es la ciencia, quiénes la hacen y cómo debe hacerse. El desarrollo de esta rama de la filosofía, también conocida como epistemología, intentó definir los alcances y límites de aquello que llamamos ciencia separando sus intereses y objetivos en particular de cuestiones subjetivas: la distancia entre el sujeto que observa y el

objeto observado debe ser tajante, la ideología o sentimientos del sujeto no deben interferir en el trabajo científico. En cierto modo, se reeditaba la tensión antes mencionada entre las ciencias más tradicionales y aquellas nuevas surgidas al calor de cambios políticos y sociales. Siguiendo esa línea y volviendo al siglo XX, es conocido el proyecto del Círculo de Viena de construir una “Enciclopedia de la Ciencia Unificada”, cuyos métodos y términos serían comunes a todos los saberes científicos, aunque demarcando claramente las reglas de juego de dichos saberes. Algunos de sus miembros sostuvieron a rajatabla la objetividad, la importancia de la verificación de los datos y la traducción de los resultados a un lenguaje lógico despojado de los problemas del lenguaje natural pero esta postura estaba lejos de un consenso absoluto y generó intensas discusiones al interior del colectivo. Pasada la segunda guerra mundial, el trabajo de los epistemólogos en cierto modo renunció a la reflexión epistemológica en sí y se centró en la confección de una suerte de historia de la ciencia que estaba armada en base a una concepción tradicional de la misma y a personas y hechos que habían marcado hitos en su desarrollo: analizaron las teorías científicas, cómo habían sido construidas, buscaron las leyes que se habían enunciado, trataron de buscar modelos o patrones que podrían ser seguidos por otros científicos.

En mayo de 1959, el científico y escritor C.P. Snow dictó una conferencia en la que ponía en tensión lo que llamó "las dos culturas" para describir la creciente separación entre las posturas de los científicos y las de los “humanistas”. El tema como sabemos no era novedoso, pero se ampliaba más la grieta entre ambos aun cuando la relación entre ciencia y sociedad después de los conflictos bélicos del siglo XX era ya indiscutible. Snow proponía la creación de una “tercera cultura” donde humanistas y científicos trabajaran codo a codo.

En 1962, Thomas S. Kuhn publica *La estructura de las revoluciones científicas* y propone una nueva forma de ver a la ciencia al sugerir que había que dejar de desentrañar su estructura interna y su aparente evolución histórica en una dudosa línea de tiempo regular e inalterable donde se marcan los hitos de avance y que, por el contrario, era preciso analizarlas en términos de paradigmas. Cada científico, sostenía Kuhn, buscaba sus problemas y hacía ciencia dentro de un proceso histórico, político y social en el que estaba inmerso, y no como continuación de un proceso anterior que debía ser aumentado o mejorado: este marco de “ciencia normal” era un paradigma que difícilmente podía compararse con otros. El contexto del descubrimiento cobraba

importancia por sobre el contexto de verificación. En pocas palabras, Kuhn le devolvió a la ciencia su sujeto y abrió una senda historicista que tuvo buena recepción en el mundo científico que permitió el estado de cosas caracterizado como sigue:” La ciencia y, sobre todo, la tecnología son objeto de análisis social y protagonizan el debate político. La sociología - cuyo interés tradicional por la ciencia solía limitarse al análisis del contexto social en que se enmarcaba la actividad científica- dio un paso más y propuso explicaciones en términos sociológicos incluso para los contenidos de las teorías científicas” (Alvarez Muñoz, 2004:10). El camino propuesto por Kuhn no cerró las disputas, sino que, por el contrario, llevó eventualmente a una renovación de las batallas entre científicos y humanistas que se materializó en los años noventa en las llamadas Guerras de la Ciencia que creemos queda bien resumida del siguiente modo:

Al invocar las guerras de la ciencia se quiere significar una guerra —con múltiples batallas— entre "la ciencia" —como dudosa unidad colectiva y, por dudosa, desprestigiada— y "las humanidades" —siempre plurales y hoy capitaneadas por la ambiciosa sociología—. Pero esta guerra reproduce una vieja disyuntiva filosófica entre racionalistas e irracionalistas, o si se prefiere, entre las posiciones realistas (desde las que la mayoría de científicos sostienen la objetividad de su ciencia, la realidad exterior y la verdad del conocimiento científico) y las posturas relativistas (de humanistas y postmodernos, según las cuales ciencia y verdad científica no serían más que construcciones sociales)". (op.cit.18)

El debate no está cerrado de modo alguno, pero no es objetivo de este trabajo discurrir acerca del mismo en particular. Los párrafos precedentes pretenden describir el escenario que brindó las condiciones de posibilidad para la irrupción de los aportes críticos desde los feminismos para una forma renovada y más inclusiva de hacer ciencia. Sí nos interesa el sendero abierto por Kuhn que ya no tuvo vuelta atrás: los pilares que sustentaban la ciencia en Occidente (objetividad, racionalidad, neutralidad y universalidad) quedaron tambaleando desde entonces y debieron ser redefinidos a partir del reconocimiento de que los científicos no eran supertalentos que descubrían algo solos por su propia iluminación porque estaban en el lugar indicado, en el momento indicado en un curso de la historia que avanzaba inexorablemente. Por el contrario, Kuhn mostró que la ciencia era un producto social, que los individuos que trabajan en ella están guiados consciente o inconscientemente

por valores propios y por valores que reciben de sus comunidades, que eso que llamamos “gran ciencia” era en verdad “normal” porque había acuerdos implícitos entre quienes la hacían para avanzar en cuestiones que no eran elegidas al azar. Para ponerlo en nuestras palabras, existe una suerte de inconsciente científico colectivo que trabaja dentro de lo que Kuhn llamó paradigma. Esta suerte de trabajo colaborativo podría considerarse algo positivo desde luego; sin embargo, lo que también mostró el autor es en qué medida los límites de la ciencia normal actúan como corsé, como filtro dejando entrar algunas cosas y dejando fuera otras. Hasta que no se resquebrajan los modelos a causa de lo que conocemos como *crisis*, todo parece transitar el tranquilo camino de la ciencia. Pero con las crisis, que para Kuhn son provocadas por las inquietudes de las nuevas generaciones de científicos y algunos factores inestables dentro de los paradigmas, llega la revolución, que implica ver todo con nuevos ojos. Tan diferente puede ser el nuevo modo de ver que en algunos casos es “intraducible” desde el modelo anterior. Es por esta fisura que se colaron en la ciencia los movimientos sociales con intereses diversos para que nada volviera a ser igual.

La década del setenta fue una época particularmente fértil para la visibilización de demandas sociales de todo tipo, algunas nacidas en la década anterior: movimientos antimilitaristas, antirracistas y ecológicos son solo algunos que las generaban. Resumir las causas de este *foregrounding* excedería el objetivo de este trabajo pero lo mencionamos porque es el escenario donde van a performar, en todo el sentido de la palabra, los estudios de la ciencia desde una perspectiva de género, también conocidos como estudios feministas de la ciencia o crítica feminista, un aporte plural, polifónico y muy potente. En la década antes mencionada irrumpe con fuerza una nueva categoría, un nuevo “objeto de estudio” para la ciencia: el sistema sexo/género. Esta irrupción dista mucho de ser una cuestión meramente epistemológica ya que está sostenida por el creciente movimiento social que recibe el nombre de feminismo y que se hallaba en ese momento en lo que se conoce como la “segunda ola”. La primera ola, que había tenido lugar a finales del siglo XIX, había materializado los reclamos de las mujeres por sus derechos civiles, en particular, por el derecho al voto. El convulsionado comienzo del siglo XX con las dos guerras mundiales permitió que las mujeres pudieran protagonizar la historia de modo contundente y visible: el objetivo de este primer avance fue finalmente logrado e institucionalmente incluido en la Declaración Universal de Derechos Humanos de

1948 aunque fue disparejamente materializado en cada país. La segunda ola puso el foco en otros derechos de las mujeres como el acceso al trabajo, a la educación, al tiempo libre y la recreación, al libre uso del cuerpo, al derecho al goce y a la anticoncepción, entre otras reivindicaciones, todo resumido con inevitable concisión.

Estas discusiones generaron una producción inédita por parte de distintas intelectuales desde todos los campos de la ciencia. En el presente trabajo, nos abocaremos en particular a los aportes de Sandra Harding, filósofa norteamericana, pero también incluiremos a otras autoras cuando lo estimemos conveniente. Sandra Harding define al sistema sexo/género como “un sistema de dominación masculina que es posible debido al control de los hombres sobre el trabajo productivo y reproductivo de las mujeres donde la ‘reproducción’ está interpretada ampliamente para incluir la sexualidad, la vida familiar, los lazos familiares incluso los del acto de dar a luz que reproduce biológicamente a la especie” (1983: 311). A partir de esta definición, la autora va a discutir los alcances de la *generización* de las ciencias: este “descubrimiento” no solamente tendrá consecuencias en términos éticos y políticos, sino que, en su opinión, también lo tendrá en nuestro modo de entender la ciencia y el trabajo científico, es decir, conllevará una revolución en la epistemología misma.

En *Ciencia y Feminismo* (1996), Harding describe algunas formas en las que se ha encarado esta irrupción de los estudios feministas que puede leerse desde dos lugares: el problema de la mujer en la ciencia y, su consecuencia, el problema de la ciencia en el feminismo.

El primer enfoque analiza el modo en que se ha impedido históricamente el acceso de las mujeres a la educación, a los lugares de decisión y a la participación en la sociedad en general. Son estos condicionamientos los que han limitado la posibilidad de que las mujeres hagan ciencia y de que sean parte de la comunidad científica, aunque la discriminación no ha afectado solamente a las mujeres: algunos grupos definidos por su lugar social o su raza también han quedado fuera (De estos cruces entre género, raza y clase se ocuparán particularmente les intelectuales postcoloniales). En esos términos, surgen las propuestas de destacar las historias de mujeres talentosas en la ciencia o de las contribuciones que algunas han hecho en algún momento de la historia: un ejemplo clásico es el de Marie Curie y la mejor ilustración de lo que decimos es una foto en la que ella está sentada sola en medio de

un gran grupo de científicos de su época durante el Congreso Solvay de las ciencias en 1927; de hecho, dicha foto ha sido considerada como “la historia de las ciencias” por la variedad de representantes que muestra (Ver apéndice I). Claramente, esto solo ilustra y refuerza la idea de que son pocas las que lo han logrado y no aporta mucho a la discusión central. Es más, estas valiosas mujeres abonan a un modo de hacer ciencia androcéntrica, que es individual y que deja de lado los contextos históricos o personales, y se las alinea dentro de la neutralidad como un valor necesario para la buena ciencia. Nada más lejos de las críticas feministas. El tema de la ciencia en el feminismo lleva a Harding y otras autoras a cuestionar fuertemente el concepto estándar de la ciencia en su versión pre-kuhniana para denunciar el borramiento de las mujeres en el campo científico, indagar acerca de por qué ha ocurrido esto y establecer tanto cuantitativa como cualitativamente la pérdida que esta situación genera para la comunidad científica.

A fin de ordenar nuestra exposición, tomaremos en primer lugar el concepto de sexo/género y analizaremos por qué desde una crítica feminista se afirma que la ciencia es altamente sexista. Después describiremos la propuesta de ciencia “desde abajo” presentada por Harding para desgenerizar la ciencia tal como la conocemos y finalmente y a modo de conclusión presentaremos lo que estimamos queda de “ganancia” en la epistemología una vez pasada por el tamiz feminista.

Si, como sostiene Harding, ha llevado largo tiempo poder percibir cómo funciona el sistema sexo/género y en tanto el primer miembro de la relación remite a una mera cuestión biológica, es preciso discutir con más detalle el segundo término que es el que ha llegado para romper una lógica naturalizada desde las ciencias naturales y, por elevación, la de las ciencias sociales. El concepto de género remite a varios usos, entre los que podemos enumerar: el uso limitado a las diferencias sexo-genitales, el uso lingüístico que no guarda relación alguna con el anterior (*una* mesa no tiene vulva, *un* árbol no tiene pene), una denominación nueva que refiere exclusivamente a las mujeres o a algunas características de ellas. Harding dice que estos modos comunes de usar el término género dejan de lado cuestiones que son “distintivas” del análisis feminista y que remiten al género en su aspecto relacional y no a uno individual. En primer lugar, las relaciones de género son relaciones *sociales* y son las que realmente lo definen. El género entonces se *construye*, sea el femenino o el masculino: no tiene

una esencia. En Occidente, los géneros están tradicionalmente hipostasiados y por ello cada polaridad tiene asignado una identidad y un rol. En otras culturas, si bien se dan las diferencias, las relaciones que se establecen son de otro tipo a menudo más flexibles e imprecisas. La conclusión es que éstas no son en absoluto universales; la creencia de que efectivamente lo son ha causado mucho daño en comunidades colonizadas física o simbólicamente por la cultura occidental. Poner el foco en el género como relacional no niega la existencia de diferencias físicas, lo que niega es que el género sea una consecuencia directa e indiscutible de esas diferencias. Esto pone en cuestión una de las premisas de la ciencia tradicional en su objetividad ya que, para Harding, los “‘hechos biológicos’ están siempre abiertos a interpretaciones culturales” (2008:111). En segundo lugar, como muchas otras, las relaciones de género son jerárquicas en grado diferente en diferentes sociedades. En tercer lugar, para el feminismo el género es una propiedad de tres tipos distintos de “entidades sociales” (*op.cit.* 112): es la característica de un individuo ya que cuando nacemos nos “asignan” un género (inspirado en la genitalidad), un nombre que se le asocia, nos crían de determinada manera siguiendo esa asignación; es, por otro lado, una propiedad de las estructuras sociales: algunas instituciones están más generizadas que otras (pensemos en profesiones como la docencia donde se espera sea ejercida por mujeres más que por varones ya que se la asocia con una suerte de “segunda maternidad”). En cuarto lugar, el género es, además, un rasgo de las estructuras simbólicas que son vistas en términos estrictamente binarios: el paradigma feminista de la igualdad (hoy superado) asociaba la racionalidad, la objetividad y la rigurosidad con la masculinidad y, por el contrario, la emocionalidad, la subjetividad y la flexibilidad con lo femenino (Maffía, 2005). Finalmente, en tanto las relaciones de género son “completamente sociales” (Harding, 2008:113) no son estáticas sino históricas, es decir se desarrollan en una sociedad a través del tiempo y, por ende, se cruzan con otro tipo de relaciones sociales como la raza, la clase, la religión y otros procesos como “la urbanización, la industrialización, la formación del estado o el colonialismo” (*Ibidem*).

Como ya señalamos más arriba, Harding define el sistema sexo/género como un mecanismo de dominación. Parece sencillo percibir cómo funciona en la vida cotidiana pero lo que nos interesa a los fines del presente trabajo es ver cómo ese mismo sistema, conceptualizado recientemente pero existente desde hace siglos, ha modelado el aparentemente aséptico trabajo de la ciencia. Pacheco Ladrón de

Guevara, en sintonía con esta línea argumentativa es categórica cuando une genealógicamente a la historia de la ciencia con la dominación misma en un sentido más amplio: “El *yo pienso* fue una consecuencia del *yo domino*”. Y agrega que ese sujeto del *cogito* era meramente el varón conquistador, es decir, no era un sujeto universal. El método científico alegaba neutralidad porque se basaba en la razón como sustento de su objetividad y porque el fin último era el “progreso humano cuando en realidad se trataba del progreso de un grupo” (2005:653). Y sigue “El hombre europeo se elevó a la categoría de universal y con ello, se convirtió en el sujeto de la historia a partir de un acto de dominación sobre una parte del mundo, a la cual occidentalizó” (*Ibidem*): resumiendo, la universalización de la razón fue equivalente a la universalización del varón. Si el sujeto del conocimiento y su producción era el varón queda claro que ambos son muestra de una “incompletud humana” (*Ibidem*). La epistemología fundadora del conocimiento científico no solo dejó fuera a las mujeres: impregnada de colonialismo y clasismo aún hoy decide cuáles son sus objetos de investigación y tiene como actor de su propia indagación a ese sujeto observador, objetivante que deviene un nuevo dios secular que mira, elige, descarta y avanza buscando una verdad universal que es exclusivamente occidental y androcéntrica. La ciencia moderna, que sin dudas se ha desarrollado vertiginosamente, lo ha hecho a fuerza de ejercer una violencia epistémica como mecanismo de exclusión invisibilizada hasta hace pocas décadas. La visión crítica feminista apunta al corazón de este sistema: “El saber, a partir de la práctica de las mujeres, se puede convertir en posibilidad de construir conocimiento, lugares de articulación de significados, otros lugares de producción de sentido” (*op.cit.* 657). Retomando la propuesta kuhniana, la epistemología será social o no será. Puede que haya un riesgo en dejar entrar la vida y las ideologías en el rígido edificio de las ciencias, pero tanto el derrumbe como la reconstrucción prometen sumar y no restar, enaltecen y no degradan, mejoran y no arruinan. No se trata de abandonar toda “racionalidad” o de pensarla en grados (más o menos racional) sino de proponer otra.

La propuesta de Harding y de otras investigadoras tanto de las ciencias naturales como sociales es cambiar el modo de hacer ciencia. Si la epistemología puede definirse brevemente como la “ciencia de las ciencias” entonces hay que adentrarse en la lógica interna de la producción del conocimiento. ¿Y desde qué lugar se plantan las propuestas? Para empezar, se retoma la experiencia de las mujeres (y no solo de ellas

por cierto) como un componente importante de la producción del conocimiento: hay un punto de partida en el hacer: es en los haceres, en sus prácticas políticas que las mujeres han demostrado su potencia para cambiar la vida propia y la de sus comunidades. “La ética del cuidado es más fuerte que la ética de la dominación” (Blázquez Graf, 2012:31). Luego, si la ciencia tradicional era una actividad que buscaba respuestas, el eje se cambia a una “ciencia de las preguntas” (Beck, citada en Harding, 2008: 118) lo que habilita a poner en cuestión problemas e inquietudes que sacan a las mujeres del lugar de objeto de estudio (en temas, por otro lado de interés para los varones, para “conocer a las mujeres” o “sus misterios”, como vulgarmente se dice) para ponerlas a indagar en cuestiones que les competen, les afectan, les interesan: los varones han sido sujetos epistémicos privilegiados lo que les ha permitido tomar todo tipo de decisiones tanto en la vida cotidiana como en el campo científico. Harding sostiene que la vida misma y la visión de las mujeres ofrece un modo diferente de reconocer la realidad social, que lleva a otra forma de conocer que involucra la intuición y los afectos: “... el agente epistémico ideal no es un sujeto incondicionado sino un sujeto condicionado por experiencias sociales” (Blázquez Graf, 2012:30). Hay una demanda fuerte por cambiar este “privilegio epistémico” entendido como una relación de poder. No menos importante es tener en cuenta la potencia del pensamiento que se produce en los márgenes y no en un centro hegemónico: ver el mundo “desde abajo”, “desde afuera” “más allá” de las formas opresivas institucionalizadas. Por otro lado, también es necesario recobrar para la ciencia su sentido histórico, socialmente situado contrariando el sueño positivista. La habilitación de un nuevo sujeto epistémico dejará de lado la “mala ciencia” para transformarla en una mejor. Este conjunto de estos nuevos modos de interpelar a la ciencia se conoce como “epistemología del Punto de vista feminista” que para situarlo en una conveniente metáfora espacial es hacer ciencia “desde abajo” visto el carácter subordinado de las mujeres ya discutido: implica relocalizar el carácter situado del conocimiento cambiando la situación de privilegio epistémico al que aludíamos antes.

Harding reconoce, no obstante, las limitaciones del “Punto de vista feminista”. En primer lugar, es consciente del estatus eurocéntrico y clasista de su propuesta y reconoce que el colectivo “las mujeres” no es obviamente un universal (ni sería conveniente que lo fuera porque lo esencializaría, cayendo nuevamente en uno de los vicios de la vieja ciencia): las historias de colonialismo e imperialismo, la clase y otros

factores no deberían quedar fuera: ¿los desafíos que presentan las “feministas del norte” sirven igualmente a aquéllas “del sur”? Ella misma contesta que probablemente no. En segundo lugar, si la idea es hacer más democrática a la ciencia, esto también debería afectar a la sociedad toda aportando a la construcción de una sociedad no sexista y no androcéntrica: parecería una tarea para sociologxs y científicxs políticxs y una vez más dejaría a los estudios de la “ciencia” (naturales, física entre otras) fuera de los planteos, perpetuando la división tradicional que se aspira a borrar. Aquí ella recupera el hecho de que esta “acusación” no es válida para las feministas “del sur” por su involucramiento desde los estudios postcoloniales. En tercer lugar, Harding encuentra difícil poder predecir el modo en que cambiarán las ciencias desde este modelo múltiple ante la pérdida de una “retórica de la certeza” (op.cit.128) tan cara a la ciencia tradicional, que agrega más ansiedad a la vida contemporánea. Finalmente, la autora ve como problemático el hecho de que las “contra-modernidades” (op.cit. 129) tengan capacidad de “reclutar fuerzas contra-modernas dentro de alianzas progresistas”, haciendo claramente un planteo político.

Algunas de las limitaciones que la autora presenta de su propia propuesta, la del Punto de vista feminista, tiene eco en otras voces del colectivo feminista que se han alzado mostrando problemas similares. Por ejemplo, quienes se alinean con el Posmodernismo feminista sostienen que buscar UNA voz de las mujeres es otra forma de androcentrismo planteada desde una visión binaria clásica, lo que no es aceptable. Como vimos más arriba se estarían ignorando otros aspectos existenciales de las mujeres como la marginalización, el racismo, la exclusión que son parte de la culturapatriarcal dominante y que generan una “otredad” más compleja que la planteada por la categoría sexo/género. Hay una crítica entonces a un concepto hegemónico de “mujer” como categoría analítica lo que genera una “fragmentación de perspectivas” (Blazquez Graf, 33). Se le achaca a quienes defienden esta postura el riesgo de caer en un relativismo nocivo que lleve a “una desintegración social y política” (op.cit. 34). Por otro lado, el Empirismo feminista sostiene que es posible generar conocimiento en relación al género desde una perspectiva imparcial y racional; lo que hay que corregir, sostienen, son los errores humanos que se dan en cuanto al método científico y esto lo pueden hacer tanto varones como mujeres: hay una ideología de género que obtura el trabajo científico. La objetividad se consigue cuando se confrontan diversas subjetividades en particular cuando dichas

subjetividades son comunidades o redes de individuos que aportan estudios sociales e históricos de la ciencia: es la diversidad de la comunidad la que asegura el carácter genuino del conocimiento. A quienes sostienen esta visión se les critica que crean con ingenuidad que la ciencia tal como existe sea capaz por sí sola de corregir los errores que históricamente ha generado como dejar fuera a las mujeres y otras subalternidades.

Decimos que la irrupción de los feminismos en la ciencia (y en la vida también) marca un antes y un después que ofrece caminos abiertos, deseables y todavía no explorados en su totalidad. Veamos sucintamente en qué sentido hacemos esta afirmación. Para ordenar esta suerte de conclusión, nos basaremos en los pilares de la ciencia tradicional que quedan cuestionados desde la introducción de la cuña feminista.

En primer lugar, la *objetividad* de la ciencia se ve interpelada ya que se rompe definitivamente la separación tajante de un sujeto que conoce y su objeto a partir del surgimiento de un nuevo sujeto epistémico que es colectivo (a contramano de “los grandes hombres de la ciencia” que aparentemente trabajaron solos), que reclama su derecho a “narrar y narrarse” (Said, en Flores Torres, 2011) y a hacerlo de un modo diferente recogiendo siglos de historia, experiencias personales y comunitarias. De este modo, como ya apuntamos más arriba, se desarrolla una epistemología social donde las mujeres no solo dejan de ser meros objetos, sino que cambian el modo de ver objetos ya existentes y las demandas con respecto a ellos (Cf. las experiencias de las primatólogas, en Pérez Sedeño, 2005), proponiendo metodologías sesgadas necesariamente por una forma de mirar distinta a la canónica. Lo que les interesa y les afecta a las mujeres afecta también a la humanidad toda, aunque esto no haya sido percibido con anterioridad: cambia el modo en que el conocimiento se produce. Una visión interesante que profundiza la necesidad de dar voz a este nuevo sujeto es la planteada por Miranda Fricker quien en *Epistemic Injustice* sostiene que las mujeres y otros grupos subordinados sufren de “injusticia epistémica” que significa que sus voces, sus opiniones y sus saberes son menospreciados o ignorados simplemente por ser ellxs mismxs sujetos de sus enunciaciones: es lo que se conoce en particular como injusticia testimonial que pone en duda la credibilidad de quien habla solamente por ser quien es.

En segundo lugar, hay un cambio en la *racionalidad*. Contrariamente a lo que temen ciertos conservadores de la ciencia, no se plantea de ningún modo la destrucción de la racionalidad en sí misma, sino que lo que está en marcha es un cambio radical: el abandono de una racionalidad de dominación por uno de conocimiento, por uno de cooperación desde un colectivo. Una racionalidad colaborativa donde los resultados beneficien a una humanidad multiversa y no a grupos interesados que, además, los mezquinan.

En tercer lugar, el tema de la *neutralidad* queda fuertemente debilitado en tanto queda probado que en realidad nunca existió como se la consideraba. La vieja carga teórica de la observación ya implicaba que dicha neutralidad no era tal. No es posible partir de ningún lugar: somos seres situados inevitablemente y es desde nuestro lugar que miramos el mundo y lo comprendemos. No hay escapatoria de las condiciones de posibilidad que habilitan que podamos avanzar en comprender y dilucidar algunas cuestiones y no de otras. La omnisciencia no es un rasgo humano. Las experiencias de las mujeres aportan un nuevo saber situado.

Finalmente, con respecto a la *universalidad* es preciso decir que evoca un orden que en verdad no existe: a riesgo de repetirnos, la pretensión de universalidad no es universal. Dicha aspiración tal como la presenta la ciencia tradicional es parte del mito de occidente en su búsqueda de un alineamiento detrás de categorías que unifican y uniforman. Los esencialismos son dañinos y destruyen la riqueza de los particulares que no es más que lo que aporta cada ser humano en este mundo. Es por eso que la crítica feminista trata incluso de romper con la categoría misma de mujer para pensarse como pluralidad enriquecedora. Como ya apuntamos más arriba es un camino abierto y nuevo por el que ya estamos transitando.

Para concluir, acordamos con Diana Maffía que expresa:

Recibir el aporte de las mujeres (de las diversas mujeres) a la ciencia no sólo es justo para las mujeres, así como eliminar lo femenino del ámbito de conocimiento científico no sólo es una pérdida para ellas. Es una pérdida para la ciencia y para el avance del conocimiento humano, porque se estrechan los horizontes de búsqueda de la ciencia misma. Y es también una pérdida para la democracia, porque todo intento hegemónico (también el del conocimiento) es ética y políticamente opresivo. (2007:12).

## Bibliografía

ALVAREZ MUÑOZ, E. “La guerra de las ciencias y la tercera cultura”, *Cinta moebio* 19: 9-21, [www.moebio.uchile.cl/19/alvarez.htm](http://www.moebio.uchile.cl/19/alvarez.htm) consultado el 24/3/2020.

BLAZQUEZ GRAF, N. “Epistemología feminista: temas centrales”, en AAVV (2012), *Investigación feminista : epistemología, metodología y representaciones sociales*, Blazquez Graf, N.- Flores Palacios, F. - Ríos Everardo, M.(Coords.), Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM, México.

FLORES TORRES, M., “Sobre números y mentiras”, 24/09/2011 en *Rebelión*, <https://rebellion.org/sobre-numeros-y-mentiras>. Consultado el 4/4/2020.

FRICKER, M. (2007), *Epistemic Injustice. Power and the Ethics of Knowing*, OUP, Oxford.

HARDING, S (1996), *Ciencia y feminismo*, Morata, Madrid.

..... (2004),” Why Has The Sex/Gender System Become Visible Only Now?” en

HARDING, S. (2008), *Sciences from Below. Feminisms, Postcolonialities, and Modernities*, Duke University Press, Durham y Londres.

HARDING, S.-HINTIKKA, M.(Eds) (2003) *Discovering Reality. Feminist Perspectives on Epistemology, Metaphysics, Methodology, and Philosophy of Science*. Kluwer Academic Publishers, Nueva York.

HORKHEIMER, M. (2002), “The Latest Attack on Metaphysics” en *Critical Theory. Selected Essays*, The Continuum Publishing Company, Nueva York, pp. 132-187.

MAFFÍA, D., “Epistemología feminista: La subversión semiótica de las mujeres en ciencia”. *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*. Vol 12. N°28. Caracas. Junio 2007.

....., “Epistemología feminista: por otra inclusión de lo femenino en la ciencia”, en AAVV (2005) *Ciencia, tecnología y género en Iberoamérica*, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM, México.

PACHECO LADRON DE GUEVARA, L. “De una epistemología masculina(razón instrumental) a epistemologías femeninas(cuerpo sensible)” en AAVV (2005) Ciencia, tecnología y género en Iberoamérica, Blazquez Graf,N.-Flores, J.(Eds.), Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM, México. pp. 653-661.

PEREZ SEDEÑO, E. “Objetividad y valores desde una perspectiva feminista”, en AAVV (2005) Ciencia, tecnología y género en Iberoamérica, Blazquez Graf,N.-Flores, J.(Eds.), Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM, México. pp. 561-574.

**N.B:** Todas traducciones de textos fuente utilizados en inglés son personales.

## Apéndice I

Foto de científicos en el Congreso de Solvay, 1927. En la fila de abajo, de izquierda a derecha, en tercer lugar, Marie Curie, única científica presente.

